

LECTURA EN CLASE - UNIDAD 1

CONSPIRACIONES TÓXICAS

Rafael Carrasco, Miguel Jara y Joaquín Vidal

Fatiga, irritabilidad, insomnio, cefaleas, nerviosismo, mareos y vértigos, pérdida de reflejos y de memoria, retardo en la toma de decisiones, zumbidos en los oídos, son algunas de las afecciones acumuladas en la literatura científica alrededor del *síndrome de microonda o enfermedad de las radio frecuencias*. Investigadores como Santini (Francia), Hutter, Kundi y Oberfeld (Austria), Zwamborn (Holanda), Eger y Hagen (Alemania), por citar los autores de los trabajos más conocidos, han demostrado la existencia de este «trastorno electromagnético» en los humanos. Especialmente en aquellas personas que viven cerca de una instalación de telefonía móvil, de torres y cables de alta tensión o de transformadores eléctricos; todo lo que tenga que ver con radiación electromagnética. Un problema, quizá, para el desarrollo de florecientes industrias, como la de las telecomunicaciones. Terreno sembrado para el trabajo de los lobbies.

En los últimos años hemos asistido a la proliferación de estaciones base de telefonía móvil y otras infraestructuras de telecomunicaciones que ha supuesto la instalación sin freno de estas redes radioeléctricas y, como consecuencia, un aumento significativo de la contaminación electromagnética. También, el crecimiento de la percepción social del riesgo asociado a estas infraestructuras. Casos como el de los colegios García Quintana y Federico García Lorca de Valladolid, donde se detectó un número inusual de cánceres infantiles, disparan todas las alarmas en la población. La legislación española, hecha por el gobierno del PP, atendió, según muchos expertos, a los intereses de las grandes operadoras, y el actual Ejecutivo del PSOE ha continuado en la misma línea. Sólo la movilización ciudadana ha obligado a determinadas comunidades autónomas y ayuntamientos a establecer normativas preventivas y niveles de exposición al público más restrictivos.

Algo parecido al estudio de la EPA ocurrió en España con un programa de televisión que levantó ampollas en el sector de la telefonía y en el eléctrico. El 8 de enero de 2002 el prestigioso espacio *Documentos TV* de La 2, dirigido por Pedro Erquicia, debía emitir el reportaje «Contracorriente». Este trabajo explica claramente los peligros para la salud humana producidos por las líneas de alta tensión, subestaciones y antenas de telefonía móvil. Nunca llegó a emitirse. Fue censurado pese a que la cadena pública lo había pagado y hoy se encuentra en un archivo de TVE con la leyenda «Embargada su emisión», según testigos de la propia cadena.

El vídeo, cuyas copias «pirata» han llegado a verse hasta en Nicaragua, ofrece unas declaraciones de Javier Aguilera, que por entonces era consejero delegado de Telefónica

Móviles -hoyes el presidente de TPI Páginas Amarillas, filial de Telefónica-, en las que el directivo reconocía sin ambages que la tecnología móvil es peligrosa para nuestra salud. «Uno -explicaba Aguilera- se muere por 38.000 cosas. ¿Que ésta es una más? Mire, indiscutible. ¿Que es una más incluso para los que no usan la telefonía? Indiscutible. ¿Y que los que usan la telefonía móvil no debían tener este factor? Sin duda. Pero ¡joder!, el mundo es como es, es decir, a mí me gustaría no respirar el humo que echan los autobuses, pero ¿qué vamos a hacer? ¿No tener autobuses?». Por aquellos días se había creado la lógica alarma social tras conocerse los casos de cáncer en varios escolares de los colegios García Quintana y Federico García Lorca de Valladolid, ubicados muy cerca de una antena de telefonía móvil.

«Recibimos muchas llamadas de empresas implicadas en el trabajo que querían rectificar o matizar sus afirmaciones. Al final nos enteramos de que el responsable directo de que no se emitiera fue Alfredo Urdaci, en aquel momento director de informativos de TVE, nombrado por el gobierno del PP», indica Pedro Barbadillo, director del documental, para explicar su no emisión. Meses después de la grabación del reportaje censurado, una de las niñas protagonistas del «caso Valladolid» murió de leucemia. El trabajo continúa sin publicarse pese a que desde entonces ha cambiado el gobierno y también el equipo directivo de TVE. La influencia de las compañías de telefonía en los centros del poder político continúa intacta.

En España, la ministra que tuvo que «lidiar» con la alarma social despertada por el «caso Valladolid» y la aplicación de las recomendaciones europeas fue Anna María Birulés, responsable del entonces Ministerio de Ciencia y Tecnología. Birulés aportaba a dicho cargo su larga trayectoria en el sector privado de las telecomunicaciones, pues había trabajado en Hispasat, Retevisión, Onda Digital, Amena o Eresmas, lo que representa la máxima aspiración de cualquier estrategia lobbista: «colocar» en el gobierno a su gente. No hará falta decir que sus decisiones para profundizar en el conocimiento de esta inquietante contaminación o sus medidas preventivas al respecto brillaron por su ausencia.

CIA AIRLINES

Felipe Armendariz, Marisa Goñi, Matías Vallés

En los primeros días de noviembre de 2005, el periodista Iñaki Gabilondo me invitó a participar en varios números cero —ensayos— de su programa de noticias de las nueve de la noche en la cadena de televisión Cuatro. En uno de ellos, el correspondiente al 2 de noviembre, acordamos analizar una noticia espectacular de la portada del periódico norteamericano The Washington Post de esa fecha. La periodista Dana Priest revelaba allí la existencia de una red global de cárceles secretas fuera de Estados Unidos —algunas de

ellas en Europa del Este— en la cual la Agencia Central de Inteligencia (CIA) mantenía a numerosos prisioneros de la llamada «guerra contra el terror», siguiendo instrucciones cursadas por el presidente George W. Bush tras los atentados del 11-S. Poco antes de iniciarse el programa, como es habitual, hicimos un repaso de los hechos.

—Me parece bien que comentemos esta noticia. Es muy relevante. Pero ¿por qué somos tan paletos? Porque hay un diario español que está siguiendo el tema de los aviones de la CIA que han hecho escala en Palma de Mallorca antes o después de secuestrar a gente y no ha tenido repercusión alguna. Y solo cuando The Washington Post saca el tema de las cárceles nos despertamos... Voy a mencionar la investigación del Diario de Mallorca...

—Muy bien, yo no lo sabía...

Llegado el momento de analizar la noticia, apunté:

—Es una información de gran importancia. Dana Priest es responsable de tertulas de seguridad nacional en The Washington Post y es una periodista muy respetada. La administración Bush ha sembrado una red de cárceles secretas en todo el mundo, algunas de ellas en países de Europa, para poder violar clandestinamente los convenios internacionales, como es el caso de la Convención contra Tortura de Naciones Unidas... Pero a veces pecamos de paletos. Porque aquí, en nuestro país, un periódico, el Diario de Mallorca, viene publicando informaciones desde hace largos meses sobre los aviones de la CIA que aterrizan en el aeropuerto de Son Sant Joan y nadie, ningún medio de comunicación, parece estar interesado.

Fue un reconocimiento interior, sin escaparate. Porque el programa era un «número cero» y, por tanto, no saldría al aire. En las semanas siguientes, insistí en el diario El País, que hasta entonces tampoco había reflejado la investigación, en que era necesario unir todos los eslabones de la cadena. La revista norteamericana Newsweek, The New York Times, The Washington Post habían hecho un buen trabajo, pero también estaban las informaciones del Diario de Mallorca que debían citarse. El 7 de noviembre de 2005, el Diario de Mallorca reveló detalles de un informe de la guardia civil del 23 de marzo de 2005. En él se daba cuenta al Tribunal Superior de Justicia de Baleares de diez vuelos operados presuntamente por la CIA a través de empresas fantasma. Los aviones habían realizado escala de uno a tres días en el aeropuerto de Son Sant Joan. El citado informe había sido encargado por la fiscalía de Baleares a raíz de una denuncia de un grupo de ciudadanos encabezados por el abogado mallorquín Ignasi Ribas, que se habían basado en los datos aportados por el diario.

Al describir a la tripulación del Boeing 737 matrícula N313P que había hecho escala en Mallorca el 22 de enero de 2004 y partido el 23 hacia Skopje, Macedonia, el informe citaba a trece personas, y reproducía fotocopias de algunos pasaportes.

Esa tripulación estaba integrada por: James Fairing, Jason Franklin, Michael Grady, Lyle Edgar Lumsden III, Eric Matthew Fain, Charles Goldman Bryson, Kirk James Bird, Walter Richard Greesbore, Patricia O'Riley, Jane Payne, James O'Hale, John Richard Deckard y Héctor Lorenzo.

La verdad es muy sencilla: hay un momento en que una constelación de hechos te impide seguir mirando hacia otro lado. Y en este caso, las revelaciones de la prensa norteamericana hicieron imposible dejar de destacar el valor de lo que un periódico local, el Diario de Mallorca, había hecho durante los meses previos. La confirmación del informe me de la guardia civil había permitido afirmar la convicción de que se estaba ante una noticia relevante. Todos los diques de con-h ni ion que habían reprimido las investigaciones del Diario de Mallorca se rompieron y la noticia inundaba el espacio informativo nacional. Quizá la palabra «paleta», analizados los hechos retrospectivamente, lucra una manera superficial de calificar la falta de interés de los medios de comunicación nacionales por la investigación del diario mallorquín.

En realidad, si bien se mira, esa actitud reflejaba un proceso más amplio. Por una parte, estaba la ignorancia como típica reacción competitiva malsana de los grandes medios frente a los más pequeños; en segundo lugar, desnudaba que el provincianismo estaba presente en los poderosos medios de comunicación de la metrópoli, y por último, y no por ello menos grave, delataba el adormecimiento de los grandes medios y de sus periodistas en esta época, su indiferencia ante una historia de alcance mundial que más pronto que tarde llegaría a la opinión pública.

MENTIRAS, VIAJE DE UN PERIODISTA A LA DESINFORMACIÓN

Xavier Mas de Xaxàs

El mundo, cargado de tópicos y convertido en proveedor oficial de muerte, es cada día más mediático, más irreal, más mentira, más difícil de creer, a pesar del empeño que ponen los medios para explicarlo.

La información internacional es un gran recurso. Llena espacio con una calidad aceptable, garantiza espectacularidad y su coste es cada vez más reducido gracias a las agencias de imágenes y a la valentía de un puñado de reporteros dispuestos a jugarse la vida por cuatro duros y una gloria indeterminada.

Ricardo Ortega murió en Haití, corriendo hacia donde no debía por las calles de Puerto Príncipe, un domingo de marzo de 2004. Iba en busca de las balas y ellas lo encontraron. Una le perforó el tórax y otra, el abdomen. Antena 3 lo había despedido. Su larga experiencia en los frentes de Chechenia, Bosnia, Afganistán e Iraq no le había salvado de la última reestructuración laboral. La empresa necesitaba sanear su cuenta de explotación. Debía producir más con menos. Ricardo podría seguir colaborando, aunque sin la paga ni los

medios de antes, y él se fue a Haití porque no sabía hacer otra cosa y necesitaba trabajar. Cobraba a tanto la crónica. Carecía de la más mínima cobertura. No tenía seguro de vida, ni siquiera chaleco antibalas, y dormía donde podía. En habitaciones de compañeros de otros medios, por ejemplo. Antena 3 conseguía sacar de él el mejor rendimiento periodístico y publicitario al menor coste.

Julio Anguita estaba en una situación similar cuando un obús iraquí cayó sobre su posición, en la retaguardia del avance estadounidense hacia Bagdad el 7 de abril de 2003. Murió en el acto. El Mundo, para quien trabajaba desde Nueva York como colaborador, le había pedido que fuera a la guerra. «Yo no tenía pensado ir —me dijo poco antes de partir—, pero me han ofrecido un contrato fijo si acepto. Dicen que tengo el tema por la mano, y todo porque he escrito un reportaje sobre el entrenamiento militar que siguen los periodistas que acompañarán a las tropas. Yo, que ni siquiera de pequeño jugaba a soldados.»

Atando la zanahoria en la punta del palo, forzaron a Julio Anguita a viajar con el ejército estadounidense como periodista, a meterse, como tantos otros cientos de colegas, en la manada que perseguía el mismo objetivo que los militares: llegar a Bagdad. En esto consiste la banalización del periodismo, una profesión masificada, capaz de llenar los campos de batalla de jóvenes con hambre de *scoop* (primicia) y delirios rombo, gente capaz de sacrificar significado, originalidad y perspectiva a cambio de dar la primicia de las bombas estadounidenses iluminado el cielo de la capital iraquí en plena noche.

A Julio Anguita no le gustaba lo que su periódico hacía con la realidad. Criticaba con crudeza a su director Pedro J. Ramírez, al que acusaba de inventar y exagerar las noticias, de manipular lo obvio para tensionar al máximo la actualidad y, así, ir más allá de la verdad. Se trata de una práctica habitual en muchos otros medios. Consiste en agarrarse a una anécdota, a un aspecto marginal de la información, incluso a un error tipográfico, para construir un producto informativo muy comercial. El 18 de diciembre de 2004, por ejemplo, La Vanguardia, ABC, El País y otros diarios publicaron que un juez había reclamado una indemnización de 1.122 millones de euros para el propietario del Banco de Valladolid, expropiado a finales de los años setenta. Los rotativos, sin embargo, apuntaban la posibilidad de que la cantidad fuera resultado de un error mecanográfico. Aun así, la publicaron sin haber podido comprobar si se trataba, efectivamente, de un error o no.

Las guerras son terreno abonado para las informaciones exageradas. Los campos de batalla no siempre están a la altura del ritmo que exige un telediario. Muchas veces, la realidad es más sosegada en el frente que en el televisor de casa. En estas situaciones, cuando no hay tiempo para esperar, porque el día se nos va sin haber captado nada, aflora la tentación de pedirle al francotirador serbio que dispare un poco para que la cámara pueda captarlo en acción. El hombre acepta a cambio de unos cuantos dólares y las imágenes, impactantes y arrolladoras, se propagan por el mundo.

Es entonces cuando el corresponsal de la prensa escrita llama a sus jefes en la redacción y le dicen que no se entera de nada, que ellos saben más, porque han estado allí, junto al francotirador, viéndolo disparar, al tiempo que, por otro canal de televisión, han asistido a la rueda de prensa del secretario de Estado en Washington, mientras las agencias de noticias rebotaban las reacciones de un montón de líderes mundiales, los servicios de documentación ofrecían todo tipo de mapas, gráficos y cronologías y los analistas sacaban punta al lápiz de la lógica.

La sobreinformación es tan apabullante que los directores, subdirectores y redactores jefe no prestan atención al bar del hotel Kerbansarai de Diyarbakir. Allí está su enviado especial, con una historia que sólo él tiene. El local es un avispero de espías turcos, periodistas occidentales y traductores kurdos que se juegan la vida para mostrar su parte del conflicto. La redacción, sin embargo, considera que las palabras del secretario norteamericano de Estado tienen mucho más gancho. «Recoge lo que ha dicho —le ordenan al corresponsal—, encontrarás sus declaraciones en internet y, si no, sintoniza la BBC. ¿No tienes una radio de onda corta? Ya sé que no cuadra mucho con el reportaje que ibas a enviar, pero no hay espacio para dos piezas.» Es igual que el diplomático diga lo de siempre, sus declaraciones son lógicas y convenientes para que los redactores jefe no metan la pata. No se van a arriesgar abriendo con una crónica costumbrista sobre el Kurdistán turco por muy ilustrativa que sea. No importa que en el Kerbansarai estén los principales elementos sociales, económicos, culturales, políticos y militares de un conflicto enquistado. La Casa Blanca ha abierto la boca y no hay espacio para una crónica más. O tragas con lo que ha dicho el secretario de Estado o el espacio se lo lleva el corresponsal en Washington y será él quien incluya, de agencia, lo que está sucediendo sobre el terreno. Decide. El tiempo pasa. Los micrófonos del circo mediático están en la capital norteamericana, no en la capital del Kurdistán turco. Por eso no interesas. Por eso da igual dónde estés y lo que sepas. Acabas de caer fulminado por el rayo del directo. Los lectores desayunarán con las declaraciones norteamericanas a favor de una nueva mediación y nada sabrán sobre las condiciones de vida de la sociedad kurda en el sudeste de Anatolia. Los jefes dicen que no te preocupes, que mañana te reservarán espacio a pie de página para un reportaje y que, pase lo que pase, tendrás a partir del octavo párrafo de la crónica principal para poner lo que creas conveniente, pero ¿quién llega tan abajo? Nadie pasa del octavo párrafo y casi nadie baja la vista hasta los reportajes que cierran las páginas que se han quedado huérfanas de faldones publicitarios.

El periodista perece y a nosotros, los consumidores de actualidades, no nos parece tan mal. En el fondo creemos que no lo necesitamos, sobre todo cuando vemos la televisión o escuchamos la radio. No necesitamos a nadie que nos cuente lo que estamos viendo. ¿Para qué? No vamos a entender lo que nos dice. Sólo queremos ver y oír cómo los soldados matan y los muertos se mueren.

Los reporteros son conscientes de este peligro mortal y para no fallecer intentan formar parte del directo, ser personajes de la noticia, meterse dentro, adquirir protagonismo, llamar la atención. ¿A dónde vas, Ricardo? Al frente, allí donde pasa todo, donde hay que estar para sobar la vida y lamer el origen del universo.

Catorce españoles han muerto por ser periodistas y trabajar en un medio de comunicación desde 1978.

(...)

Ricardo, Julio y tantos otros iban en busca de una imagen, de una noticia que, por muy buena que fuera, no le serviría para adquirir un reconocimiento profesional justo, es decir, con un sueldo garantizado a final de mes. Como si fueran obreros del capitalismo anterior a las revoluciones sociales, el odio y el miedo eran motivaciones que tenían a flor de piel. Las habíamos discutido varias veces con Julio en Nueva York. Odio al jefe y miedo al despido. El odio y el miedo es un tándem muy bien compenetrado en el territorio de la actualidad, sobre todo en la base de la pirámide, es decir, allí donde se amontonan cada vez más y más periodistas. A pesar de ello, las empresas periodísticas tratan a sus muertos como héroes. Habiendo cumplido el sacrificio máximo de dar su vida por la empresa, los directivos publican textos y emiten imágenes laudatorias de estas víctimas absolutas. Sus muertes les sirven para ganarse la simpatía del público y la solidaridad de la clase política, para demostrar a la competencia que en la batalla por la información ellos lo dan todo y para convencer a los anunciantes de que su medio es el más solvente y el más dinámico porque es el que más arriesga. La rentabilización de la muerte de Ricardo, ejecutada en varios reportajes, culminó con la creación de un premio periodístico con la financiación de Antena 3 y la legitimación de la ONU. La de Julio se exprimió en un suplemento especial y varias intervenciones mediáticas de los responsables de El Mundo.

«¿Cómo hablarán de nosotros cuando estemos muertos?», me preguntó Julio una noche de primavera comiendo sushi en un restaurante japonés de Tribeca. «No creo que nadie diga nada, pero si lo hacen será con inexactitudes en el mejor de los casos y muy mal en el peor», le contesté. Cualquiera que haya estado en contacto con una noticia que luego haya visto publicada sabrá de qué va el asunto. Lo más seguro es que su versión de la verdad sea distinta de la que oficialicen los medios.

El periodista joven, recién licenciado, nota en seguida la falta de sentido común. Tan pronto como consigue una beca en un periódico, por ejemplo. Lleva dos, tres o cuatro años, si no más, aprendiendo a ejercer una profesión y de repente topa con el gran abismo que se abre entre la teoría y la práctica. Sus profesores, muchos de ellos periodistas con suficiente tiempo libre y abundante altruismo, les preparan para un mundo ideal que no existe. «¿Qué más puedo hacer?», se preguntó un profesor belga de periodismo durante unas jornadas organizadas por la Universidad de Bolonia en septiembre de 2004. «No sé qué más hacer. Creo que salen bien prepa-

rados pero es increíble lo poco que tardan en olvidarse de todo, en ser engullidos por el sistema.» El profesor reflexionaba sobre las relaciones entre los medios y las universidades. A su lado tenía a un colega inglés que asentía con la cabeza. «La mayoría de mis alumnos en Kingston quieren ser periodistas para escribir sobre la industria del entretenimiento. Cine y rock. Los pocos que lo consigan estarán contentos. El resto, sin embargo, será capaz de reciclarse y escribir de lo que sea, y esta adaptación no me extraña tanto. Lo que me impresiona es lo poco que tardan en aceptar que deben escribir al dictado, que el enfoque de la información está decidido de antemano. Qué duda cabe de que el periodismo se aprende de verdad cuando se dejan las facultades y se pisan las redacciones.»

La primera sorpresa de un becario al pisar una redacción es lo silenciosa que puede llegar a ser y lo primero que hace es aprender a callar. Alguien le presenta al jefe y a los compañeros, le indica dónde está su mesa, le ofrece un par de instrucciones sobre el ordenador y lo deja solo. No necesita más para abrirse paso en el competitivo mundo de la información. Todo parece estar ahí, encerrado en la pantalla de la computadora, y a ella se engancha, y se pasa horas leyendo noticias de agencia y navegando por internet a la espera de que el jefe o la jefa le envíe a cubrir ese pequeño acto que nadie quiere porque está claro que nada se publicará de él.

Y ahí va el joven aprendiz, que aún no ha abierto la boca, pensando que si se porta bien a lo mejor le hacen un contrato. No hay noticia pequeña, se dice a sí mismo. El Watergate empezó por una nimiedad. El encargo le refuerza la autoestima, se siente útil y contento de pisar la calle y dejar la redacción, donde la tarde transcurre lentamente y la gente se pasa horas para escribir una columna. Creía que sería como en las películas, pero los ordenadores apenas hacen ruido y los periodistas no hablan tanto como se había imaginado, ni siquiera por teléfono. El silencio domina, mucho más que el ruido y él no sabe qué decir. Espera órdenes, encargos, oportunidades, sin entender que la cosa funciona exactamente al revés. Nadie le dará nada más que una silla y la cortesía a la que obliga la urbanidad. Es él quien debe producir.

Primero le encargarán editar noticias breves, aunque hay ocasiones en las que deberá empezar picando la programación de televisión y la información sobre las farmacias de guardia. Aun así, en estas circunstancias tan dolorosas para su orgullo, porque mucha semiótica y redacción periodística no hace falta para averiguar si la farmacia de la plaza Bonanova abre las 24 horas del día, en este frustrante desencuentro, puede hallar una gran ventaja. Ser el último mono da tiempo para investigar, aprovechando la infraestructura del periódico: teléfonos, archivos y, sobre todo, acceso. «Hola, buenos días, soy de *El rayo informativo* y llamaba para...» Sólo hacen falta dos cosas para arrancar: imaginación y curiosidad. Sin ellas nunca se tiene algo interesante que decir.

Los asesinatos de Holcomb recogidos en *A sangre fría*, de Truman Capote, fueron noticiados, en primer lugar, por periodistas sin tiempo, recursos, ganas o permiso para ir más allá. La noticia que vio Capote apareció en las páginas interiores del *New York Times* el 16 de noviembre de 1959. Era discreta y se titulaba: «Rico agricultor y tres miembros de su familia asesinados». El lead decía así: «Un rico agricultor, su esposa y sus dos hijos fueron encontrados hoy en su casa muertos a tiros. Les dispararon a quemarropa después de haberlos atado y amordazado». Con el recorte de esta noticia en la mano, Capote se fue a la redacción del *New Yorker* y convenció a su director del interés que tenía la historia. Los asesinos aún no habían sido detenidos, pero Capote creía que en la historia de la familia Clutter «había materia para una obra literaria de envergadura».